

sión, y dime, por último, tu segunda pregunta

Discípulo. — La teoría del *segundo yo* destruye la afirmación que otras veces me has enseñado de la unidad espiritual del hombre, pues, según veo, hay en éste dos *yos* y, por consiguiente, dos almas...

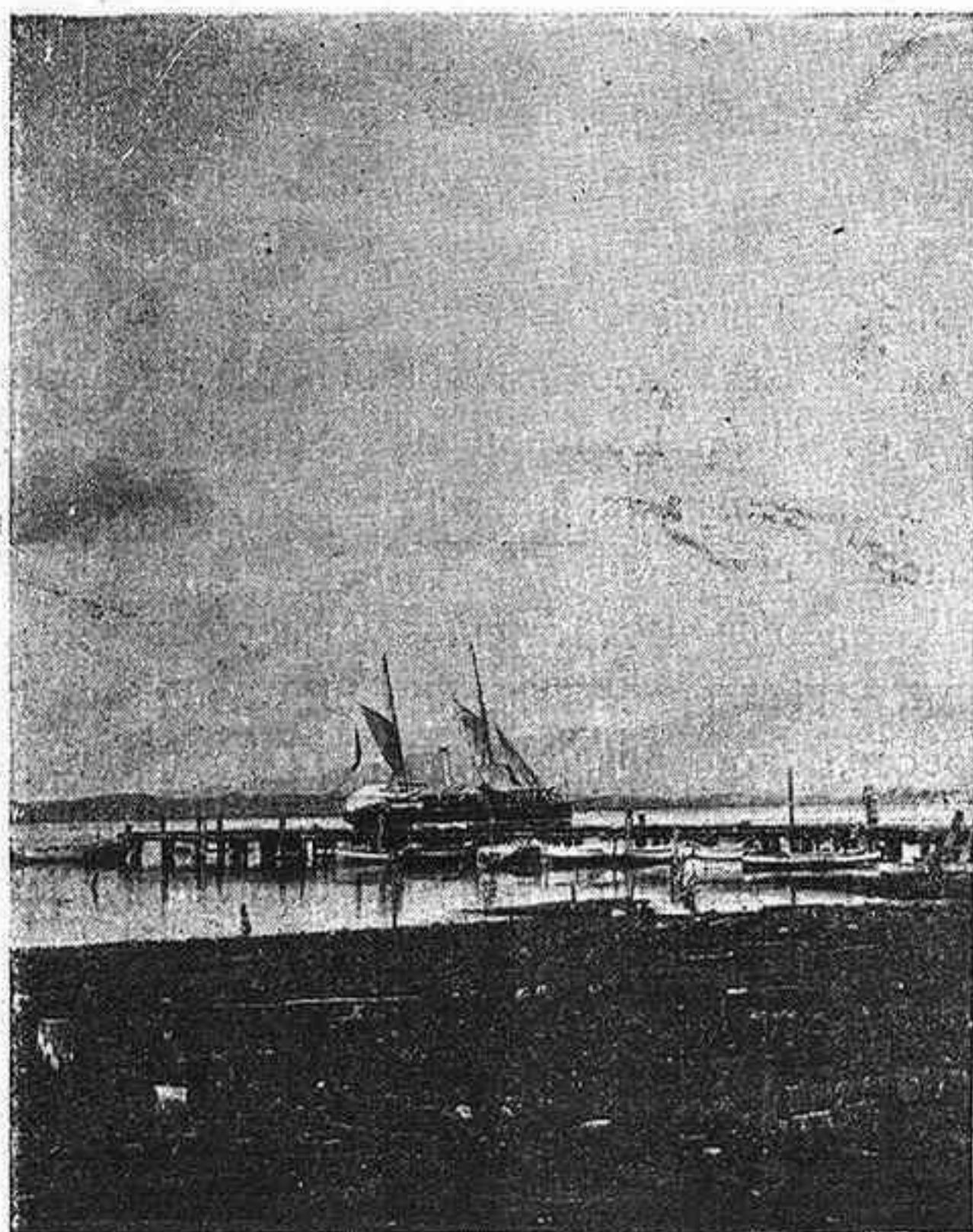
Ciencia. — Poco, á poco... Y me extraña que en esta ocasión tu inteligencia se haya ofuscado tan pronto. También lamento que se te haya olvidado la observación siguiente, que repetidas veces te he hecho: El mayor número de las controversias religiosas, científicas, políticas, sociales ó de cualquiera otra clase, es debido á la falta de palabras apropiadas para expresar las ideas, dándose repetidas veces el caso, si te fijas bien, de que en la discusión ambos adversarios, ideológicamente considerados, están de acuerdo.

Llamamos *yo* al alma cuando tiene conciencia de sí misma. El inconsciente, ó *segundo yo*, ó como quieras llamarle, es una facultad del alma, de cuya misión y funciones hemos tratado en esta conferencia; pero, entiéndelo bien, no es el alma íntegra, es una facultad, como facultades son la sensibilidad, la reflexión y la volición, sin que por esto se descomponga la unidad espiritual.

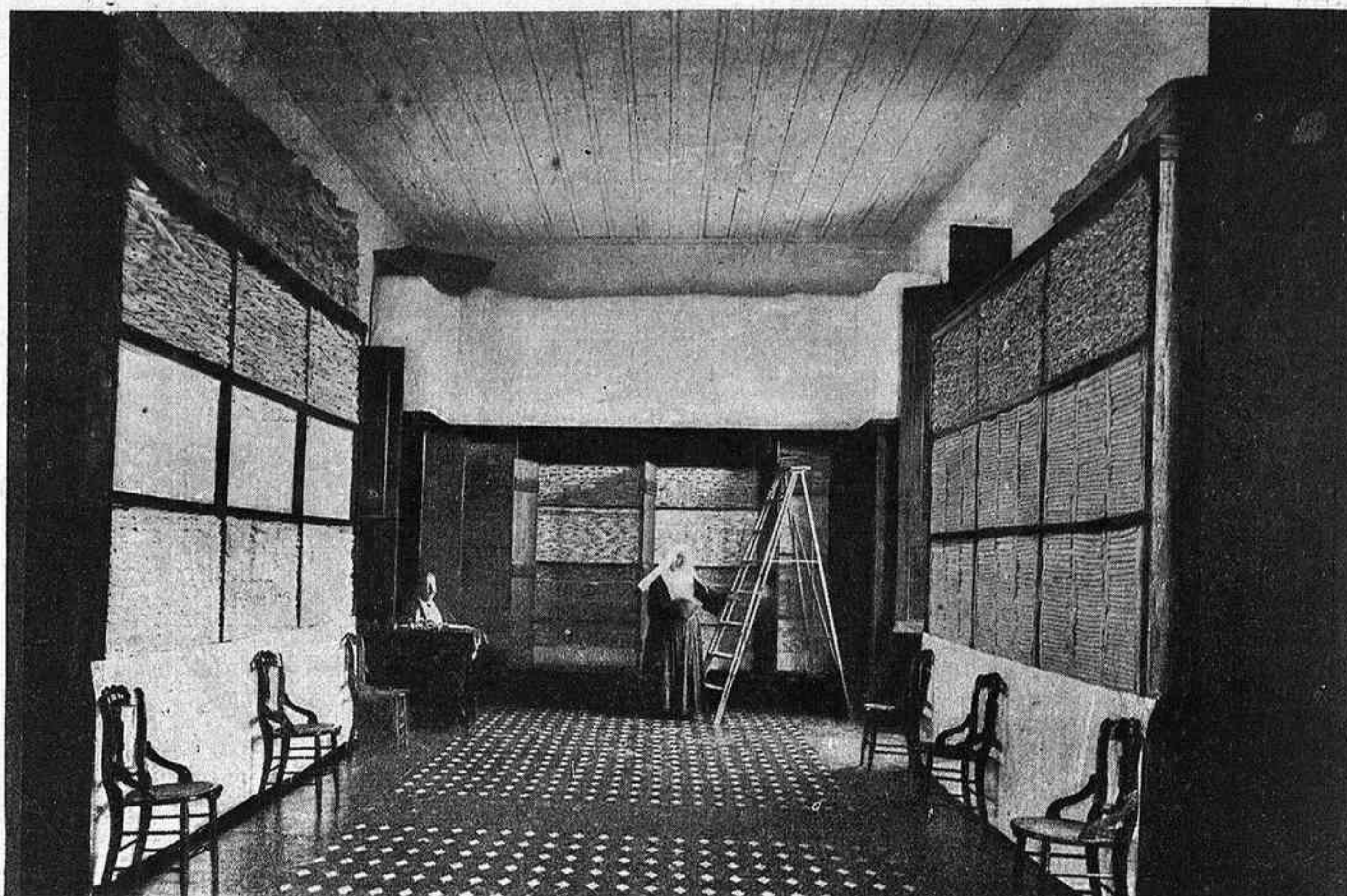
EUGENIO GARCIA GONZALO.

EL DESPERTAR SE ACERCA

Grandes y de trascendencia suma son los acontecimientos que se avecinan y que no tardaremos en presenciar.



Santiago de Cuba.—El muelle.



Roperio del Hospital Militar de Santiago de Cuba.

España se hunde para siempre, quedando reducida á un pueblo de ilotas, ó, como consecuencia de las calamidades que hoy le afligen, reacciona el sentimiento y la inteligencia de los españoles para iniciar un período de regeneración que le coloque al nivel de los pueblos más poderosos y más cultos.

Cuando un padecimiento se agrava no es siempre para matar al enfermo, sino muchas veces para iniciar su curación, y las guerras presentes no son otra cosa que el aumento de la gravedad, gravedad que ya existía antes de que las guerras empezasen.

Cumplíndose el proverbio de que "nadie tiene más de lo que se merece", España es todavía gobernada por una generación de decrépitos atávicos que, tomando á los españoles de hoy por los españoles de principio de siglo, sin tener en cuenta los cambios progresivos que en la economía política y social, en las ideas y en las costumbres se han realizado, quieren continuar rigiéndolos como cuando acababan de sacudir la tutela de los reyes absolutos y aun no había despertado la conciencia social.

La contradicción permanente entre las leyes de ayer y los hábitos de hoy ha engendrado en todas las esferas la más espantosa corrupción, y mientras el sufragio universal, el jurado y todas las conquistas de la democracia son un mito, las clases contribuyentes y obreras carecen de verdaderos representantes en el Parlamento; el Ejército y la Marina son víctimas del abandono que ahora lamentamos; la instrucción pública, la Hacienda y la administración de justicia caminan de mal en peor, monopolizados por los satélites de los grandes seudo-estadistas.

Poseídos de insaciable furor por legislar y por introducir innovaciones, sin pensar antes en educar al pueblo que había de recibirlas, nuestros gobernantes no se han limitado jamás á su estricta misión en este punto; á sancionar sabiamente las costumbres políticas y económicas naturalmente nacidas y vigorizadas por la tradición, sino que han abierto carreteras á porrillo y en dirección distinta á la de los caminos vecinales, y los viajeros, en la duda de la vía que debieran tomar,

han prescindido del camino y de la carretera para marchar por trochas y desfiladeros.

El pueblo que soporta impasible tantas y tales desdichas, da más pruebas de acercarse á un ocase que á su potente regeneración; pero no debemos desesperar al oír las innumerables plañideras que se limitan á lamentar las imprevisiones y corruptelas del Gobierno, que se aterra ante los conflictos del problema social, y que, acostumbradas á vivir en la sombra, no aciertan á levantar los párpados para ver la luz ni se deciden á tomar por

su mano lo que los ineptos gobernantes no les pueden ó no les quieren dar. Su desaliento aumenta al no distinguir un hombre que sintetice y defina las aspiraciones de la nación, que se ponga al frente de ellas y que las realice con energía, imponiéndose por sí mismo ya que no hay nadie que le imponga.

Este último fenómeno no carece de explicación; habituados los españoles á ser dirigidos por los más osados y á que siempre se haya ejercido sobre ellos la patria potestad, aun por quienes menos dotes tienen para ejercerla, no saben pensar por sí y esperan que Dios les envíe un nuevo Mesías para que les salve, no para crucificarlo, porque ya ni aun para eso va quedando valor.

Ese Mesías ha de surgir (si la Historia no se contradice), pero entre tanto debemos poner los medios.

Las guerras actuales no aportan nada nuevo á la enfermedad del país, no son más que girones que se han producido en el manto nacional, poniendo al descubierto llagas que de tiempo atrás existían.

Los médicos de la política no aciertan á curar



Santiago de Cuba.—Calle de San Tadeo.